

Apuntes sobre la Condición Subjuntiva y Disyuntiva del Lugar que es América

Una estructura inmanente de promesa o deseo, una estructura sin horizontes de espera informa toda palabra. Desde el momento que hablo, aun antes de formular una promesa, una espera o un deseo como tales, y allí dónde todavía no sé qué me sucederá o qué me espera al final de una frase, ni quién ni lo que espera quién o qué, me encuentro en esta promesa o en esta amenaza, que reúne desde ese momento la lengua, la lengua prometida o amenazada, prometedora hasta la amenaza o viceversa, así reunida en su misma diseminación.¹

Esta presentación se inicia con el nombre de América pensado como un lugar para escudriñar –o intentar recorrer- algunas promesas y amenazas que nos trae. En este sentido, muchas de las cosas que aquí apuntaremos tienen que ver más con sugerencias interpretativas ocurridas desde nuestra contemporaneidad que con instancias históricas. Iniciamos, entonces, con una proposición acerca de lo que el nombre de América dona, como significación y posibilidad, al discurso occidental, la siguiente: América es la promesa de la declinación de los límites y las fronteras del discurso en el encuentro de sus cuerpos extranjeros, es la amenaza de una existencia que permanece siempre inaugurándose e inaugurándonos.

Declinación e inauguración, América inscribe en la escritura de occidente una tensión irresuelta, aquella que sólo podemos imaginar entendiendo la lengua –el proceso de las significaciones- no como un texto sino como el proceso de tejer, entendiendo la lengua en la pura performatividad de un habla que no termina nunca de consolidarse, que se da como devenir; un habla hecha de sensualidad y afección, de afectos, básicamente estética en tanto que nos incluye y nos delimita desde otros, para otros. Hablaremos, entonces, en esta presentación desde el habla que es América, tanto en términos simbólicos como hermenéuticos.

América, un nombre en el que se estrechan muchas historias con sus reversos, la historia de un continente más que de un contenido, la de un terreno más que de un cultivo, la de lo que vendrá más que la de lo que ha sido, la de los excesos más que de lo informado. América es, en principio, el nombre de un cuerpo público que nace como aporía y prótesis de la modernidad occidental, en el momento en el que esa cultura se hace cargo de su futuro, de su destinación y su proyecto. Una aporía porque América se ubica en el límite de los recorridos –cuando culminan-, allí en el horizonte: donde el mundo acaba, donde se reinicia. Una prótesis porque se suscribe imaginariamente para la escritura que es occidente como un cuerpo sin origen ni pasado, un cuerpo hecho, elaborado y construido, un cuerpo artificial y artificioso que repara las ausencias, que las sustituye; una inserción, un agregado.

América es un nombre, en el nombre, con y para el nombre, se inaugura la lengua: la lengua que se es, que se habla, que se siente y se piensa; la lengua cuando es cuerpo y operación de la significación, la lengua en la que se concretan los sentidos, la lengua que deviene el tejido y la trama de nuestra existencia. El nombre no es una palabra es una marca, una signatura, un acto lingüístico que se realiza siempre como escritura, en este sentido, que funde y se confunde con su propio cuerpo, es su cuerpo mismo, en él se borra el signo y se constituye el síntoma: el gesto

expresivo del cuerpo, su decir.

Empecemos con una cierta mitología, la de los orígenes, la del origen como lugar de una lengua inaugurada. En el nombre de América nos interpela, a la vez, un territorio y una idea, una presencia y un conjunto de posibilidades. Esta interpelación, anunciada en ese nombre, marca histórica y simbólicamente un sitio en los bordes, fronterizo. América se constituye, surge y aparece como un “nuevo mundo”, más allá de los confines del mundo, en su horizonte.

En principio, este nombre, América, bautiza un territorio descubierto, es decir, recién existente y aparecido, que ingresa al mapa total de lo que se suponía era la tierra, desplazando sus límites, deformándolo, ampliando sus fronteras. Un lugar nuevo: vegetación otra, tierra inaugural, hombres distintos; un lugar nuevo que irrumpe justamente en el margen de lo existente, allí donde culmina. Ese lugar nuevo no es uno del pensamiento sino que se da como territorio, reorganiza con su presencia el mapa de la tierra, informa de modo distinto el espacio, aquello que contiene y soporta, inscribiéndole una extensión más allá de sus propias figuras. Desplazando fronteras, arrimado límites, en el nombre de América se afirma la sospecha de que ambos –fronteras y límites- son inexistentes en tanto que dejan de ser una conclusión para convertirse en reinicio: el límite desplazado se dona como un lugar inédito, puesto allí para hacerse y construirse.

“Nuevo mundo” es otro nombre para designar a América, uno que describe ese cuerpo como una absoluta posesión humana. Un lugar nuevo, no sólo uno recién descubierto, sino igualmente un nuevo tipo de lugar: un lugar que no fue previo sino que se da, se conforma, se estructura en el acto mismo de su encuentro, como destino del recorrido, un distinto tipo de lugar que se hace en el movimiento mismo que lo transita, que se lo apropia, un lugar que nunca estuvo antes y que, por ello, no es conquistado sino creado.

Hay que pensar, entonces, el ejercicio mitológico que supone el encuentro de ese nuevo lugar, a saber, el hecho de que relata la posibilidad de inscribir en los terrenos de la existencia un espacio que no es dado, que no estaba anticipado, que no posee historia ni anterioridad, que se elabora desde el tránsito, su tránsito. Un espacio que encarna imaginariamente el telos del conocimiento moderno, su ejercicio emancipado y la fuerza que lo convierte, desde el renacimiento, en operación constituyente. Un lugar, en efecto, que se instaura en el hacer y como hacer, no aquel en el que el hacer se instaura.

Por otra parte, el nombre de América es la “feminización” de otro nombre, el de un navegante, de un hombre que transita entre tierras conectando, comunicando, trasladando; un navegante, el que es entre los lugares y para su tránsito, modelo de una estancia siempre provisional. En tanto que re-generación del navegante, lo anunciado en el nombre de América es inevitablemente la posibilidad de convertir en tierra –en madre- el puerto: aquel espacio límite de los territorios, en los que éstos se conectan con otros en la mediación de la homogénea superficie del mar, en la que éstos se entienden con lo externo, lo extranjero. Desde esa re-generación surge una pregunta, la que nos guía en esta presentación: ¿Cómo se da el límite, la frontera, en forma de madre, útero y tierra? ¿Cómo se gesta en los puertos, en las culminaciones del territorio?

¿Cómo se da a luz en los márgenes desplazados? y ¿Cómo es, además, eso gestado, informado, nacido allí?

Antes de preguntarnos es necesario admitir dos supuestos, primero, el que afirma que esa lengua que nos hace se da como una particularidad, siempre renovada, de la escritura misma que es la cultura occidental, por tanto, de su espaciamiento, una peculiaridad que la quiebra, la hace discontinua. La lengua que se inaugura con el nombre de América propone una desviación en la escritura de occidente: propone la lengua en términos de una “apropiación amante y desesperada” en la que se opera desde y en “una palabra tan interdictora como interdicta...”.² Este supuesto sólo pretende ubicar y eliminar, especificar que en el desarrollo de estas notas obviamos –quizás arbitrariamente- la historia previa de esa tierra que era América, su “antes” y la entendemos únicamente a partir del lugar nuevo y más allá con el que aparece en el descubrimiento. Segundo, preguntarnos por la lengua que somos es una vía indirecta de preguntarnos por la identidad. En ese sentido, es siempre una pregunta en proceso, imposible de delimitar, de enunciar plenamente, porque ni la lengua ni la identidad existen fuera de su hacerse, su darse es el acto mismo de su enunciación.

En tanto que enunciación América se realiza, gramaticalmente, inscribiendo o produciendo unos discursos que son, básicamente, subjuntivos en su modo y disyuntivos en su narración. Unos discursos subjuntivos, es decir, establecidos en el tiempo del deseo, sin realidad objetiva, siempre dudosos, entregados a lo posible; unos discursos que se narran disyuntivamente, es decir, que se bifurcan y se desunen, se separan y se excluyen permanentemente, se desvían, y que requieren siempre de la opción, de un “abrirse paso”. Un discurso subjuntivo en su modo y disyuntivo en su narración no tiene objeto definido o delimitado, es un decurso discontinuo y quebrado que tiene por objeto su propio discurrir.

Estos discursos subjuntivos y disyuntivos se realizan como el entrecruzamiento provisional de una multiplicidad de historias, pequeñas historias muchas veces truncadas, pequeños hilos que constituyen, y se constituyen, sin otra continuidad que su entrecruzamiento, puro tejido, sólo malla. El nuevo lugar que América inaugura es una operación de fronteras y entrecruzamientos, entre el deseo y el desvío: una forma otra de pensar, mirar y sentir, de narrar, hacer comunidad y vida política, una forma otra, sin estabilidad, entregada a lo que siempre puede ser otra vez elaborado.

Terrenos del deseo: el modo subjuntivo

América se descubre quebrando las fronteras de su propio mundo, haciendo que el horizonte –límite de la mirada o del pensamiento- se desplace en y desde sus propios márgenes. Este descubrimiento en el que está involucrado no sólo un conocer sino la imagen –la forma- misma del lugar en el que se vive, además de transformar un mapa desarma las formulaciones subjetivas, haciéndolas provisionales, en la medida en que hace patente que sus figuras son falibles.

El horizonte es un continente de la sensibilidad, una línea imaginaria que no narra otra cosa que la finitud de la mirada, que establece los confines del mundo sólo en tanto éste es un

campo perceptivo, dependiente por ello de alguna voluntad o reconocimiento y dependiente, igualmente, de un cuerpo capaz de moverse, de expandirse. Desde esta perspectiva, en el juego del aparecer de América en un descubrimiento más allá del horizonte podemos atender a dos aspectos simultáneamente. Por una parte, el descubrimiento de algo –una tierra- después del horizonte hace sospechar de la plenitud de la visión, convirtiendo lo “invisible” en una presencia –en este caso, además, una presencia material, corporal-; por la otra, este descubrimiento es el resultado de un movimiento de expansión que se desborda, que se realiza sin la contención ni la protección de lo razonable.

El descubrimiento de América inscribe en el discurso occidental lo “invisible” –y lo indecible también- como un cuerpo –como materia y afección-, un cuerpo que surge de su expansión sin restricciones. Este “invisible” que aparece como un cuerpo, no pertenece a los ámbitos de lo ideal, de la intuición y la plenitud, por el contrario, pertenece al ámbito de la experiencia sensual; un “invisible” diferente, hecho de resistencia y superficie, indefinible complejo de atributos secundarios. Además, este “invisible” no es una cosa sino un lugar, no es una constitución sino su posibilidad. Por ello, la inscripción de este “invisible” expande y diversifica, tanto territorial como simbólicamente, las formas proposicionales del discurso en el que aparece, su advenimiento coincide con el inicio de la horadación de la visión como modelo de aprehensión y conocimiento.

Un “invisible” que no es trascendente al mundo sino que tiene que ver con aquello que en el mundo está más allá de la mirada –es decir, del campo de dominio del sujeto-, en efecto, este “invisible” corporal rodea, es soporte y margen, es esa materialidad indómita e irreductible que nos retrae a la tierra. Paradójicamente la lengua moderna encuentra así mismo en ese cuerpo descubierto, aparecido más allá del horizonte, un sitio para su destinación, un lugar que puede ser radicalmente creado –construido-, un lugar en el que su deseo puede contenerse y realizarse.

El movimiento expansivo, por su parte, del que resulta este descubrimiento encuentra en su propio excederse, en la posibilidad de transgredir y transgredirse, una forma efectiva de operar, una forma que determinará los movimientos y crecimientos de la cultura occidental. Una forma que procede incorporando continuamente, pero de forma discontinua, lo “invisible” a lo visible, en la que el crecimiento está dado por procesos de apropiación y posesión, en el abrazo de lo que es liminar y exterior, de lo que le es extranjero. Este movimiento expansivo da pistas para comprender una de las paradojas de la modernidad, aquella que algunos siglos después se formulará en términos de la presencia ineluctable de lo ausente –o de lo excluido- (inconsciente, silencio del habla, reserva) como origen sin estancia de todo estar y todo ser.

Por otra parte, lo que se inscribe después del horizonte, lo que se descubre es, a la vez, un darse a la presencia y un quitar lo que cubre, un desnudar. En efecto, en este descubrimiento –uno de navegación, deambulante- se desnuda la presencia en su puro cuerpo territorial, y se hace presencia la desnudez en su pura condición espacial, como una operación sensual y de afecciones. Se desnuda la presencia, se hace presencia la desnudez, el cuerpo aparece sin ropajes en la densidad de su puro estar frente, acechando. Con la inclusión de este “nuevo mundo” en el horizonte

de lo imaginado, se abre la posibilidad de restar –de sustraer– de los procesos de aprehensión y comprensión del mundo a los intermediarios, es decir, aquellas formas intelectuales que constituyen a priori el mundo recubriéndolo. En este sentido, la presencia desnuda desarma los significados y las orientaciones porque, haciendo inútil el orden establecido de la lengua., obliga a una readecuación continua de los signos, palabras y nombres.

Un descubrimiento no es una operación constitutiva tampoco es una mera operación receptiva, por el contrario, es para el “navegante” –quién es siempre un actor– una urgencia, la de nombrar como un acto doble, nombrando simultáneamente el cuerpo desnudo que se hace presencia y la lengua que lo nombra, en ese nuevo sentido de la palabra que la presencia desnuda reclama. El navegante sólo puede nombrar desplazándose y desplazando, recorriendo y haciendo recorrer, por eso, informa aquello que nombra desde los límites –los confines– de sus significados constituidos, aporéticamente.

Por otra parte, lo que se descubre en América es la presencia desnuda de un territorio –puro sitio, tierra nueva–: exhuberancia y vegetación, materialidad, sensualidad, indeterminación para los recorridos y las culminaciones. América es una tierra descubierta, en su mayor parte desconocida y amenazante, para y en la que opera una lengua de leyendas, de narración y metáfora, porque es esa la única posibilidad intelectual adecuada que permite contener su desproporción –es decir, el hecho de que en ese cuerpo los significados operen siempre por desplazamiento, en sus bordes–. De modo que la lengua que se inaugura en el nombre de América es una que, por legendaria, hace inevitable la pérdida del dominio, haciendo inevitable también el reconocimiento de las ausencias, las imposibilidades. Este ser y encontrarse con y en el lugar fronterizo de las propias ausencias es lo que se marca con América para occidente, y es lo que permanece hoy como su signatura y su lengua: un habla subjuntiva que funciona sólo en el borde de sus propias nominaciones, en el recorrido de su propio deseo, en el estar en el límite, un habla de la que la forma consolidada y el espacio determinado parecen siempre sustraerse o, al menos, convertirse en margen.



En efecto, este modo subjuntivo del habla nos coloca frente a un inicio permanente, una inauguración sin consolidación, y actúa de la misma forma que el nombre propio, a saber, en una identificación sin resquicios con el cuerpo que marca, como una marca en el cuerpo, del cuerpo.

Además, el que descubre es un navegante, un hombre para el que lo encontrado es necesariamente un puerto. En el puerto nada es, todo proviene de otra parte, lo dado en él siempre es llegado, viene de un lugar "invisible", posterior al horizonte, lo llegado pertenece a otros; así mismo, esto que llega no permanece, está sólo presente durante el intervalo de su partida, en el preámbulo de su irse. El puerto es un lugar de puro tránsito, de intersección, de falta de estadía.

La condición portuaria, por tanto, involucra una situación sin sitio, un estar sin cultivo, sin permanencia, una inscripción provisional desde la que las proposiciones son enunciadas como actos de pura posibilidad. En efecto, el puerto es un cuerpo en el que la memoria es signada siempre por la desaparición, el irse de algo, por ello, en el puerto la cotidianidad no posee resguardo, se da como y en un cuerpo abierto, en continuo cambio, un cuerpo para el que la identidad es una adquisición difícil e incierta, aproximable sólo en tanto pregunta, como problema. Una identidad que no se suscribe a la permanencia de los reconocimientos ni a la repetición de sus propias acciones o reservas, sino que por el contrario se da en la pregunta, como una interlocución con las faltas de su propio cuerpo, con aquello que se ha perdido o que nunca estuvo, una interlocución siempre vuelta a realizar, en cada nueva llegada, con toda aparición.

Esta identidad de lo portuario procede atendiendo, esperando, acogiendo, solicitando lo otro: lo que llega, lo que transita por sus terrenos, lo que se ausenta, lo que se espera. Una identidad, por tanto, de espera y acogida, destinada a modificarse en los encuentros, laboriosa de las pérdidas, en el que el sí mismo se hace desde un otro, que a pesar de su resistencia, se encarna e informa. En otras palabras, en el puerto la identidad es un devenir-otro, un devenir con otro, un devenir entre otros, para otros.

Recordemos la mitología de transgresiones, libertades y sombras que acompaña la cotidianidad portuaria, siempre pensada como un lugar donde se puede hacer y ser más allá de los límites, en el exceso, porque en el puerto no se comprometen dimensiones de arraigo, porque en él el tiempo desaparece en el espacio mismo de las acciones, se consume y consuma en su proceso las figuras como puras y provisionales figuraciones. En este sentido, el puerto es por definición informe, es un espacio arrojado sobre su hacerse, imposible de contenerlo o de contenerse en él, es el lugar intersticial por excelencia, el que media –como un cuerpo- entre los cuerpos, el que se hace y se dispone como tejido.

Cabe una pregunta: cuál es entonces la resistencia del otro, cómo es este otro de los puertos, ese otro esperado y acogido. Es un otro de la lengua, otro hecho con y para ella, es decir, constituido de significación y mudez, en el que se produce un desfondamiento de la

“representación”, del “hablar delegado”; un otro que es acontecimiento inconvertible, en el que surge siempre algo distinto; un otro que más acá de lo decible es, justamente, lo que no se dice: su contorno, su fondo, su otro –un lugar sin instrucciones, sin memoria, sin historia ni rostro-. Un otro que resta, en el resto, ruina o espectro.

Volvamos por un momento a nuestras preguntas anteriores: ¿Cómo se da el límite, la frontera, en forma de madre, útero y tierra? ¿Cómo se gesta en los puertos, en las culminaciones del territorio? ¿Cómo se da a luz en los márgenes desplazados? La gestación es, en estos lugares fronterizos un acercamiento y una espera, un abrirse a la posibilidad sin reservas de aquello que es extraño, extranjero; un devenir continuo en el otro, para el otro y desde el otro. En las culminaciones del territorio, entre los márgenes desplazados el alumbramiento es un acto de solidaridad –una articulación- en el que, por una parte, se crea un espacio medio, un vínculo, que no pertenece a ninguno de los extremos –el uno o el otro- desde los que se produce; por la otra, este acto de solidaridad y de elaboración de articulaciones procede desplazando, distendiendo, diseminando lo propio en un haz de expropiaciones, de fugas, de instancias para la pérdida, para su propia disolución.

Continente excedido: proposiciones disyuntivas

Si el modo de la lengua que emerge en el nombre de América es subjuntivo, la forma como sus proposiciones se entrelazan en discursos es disyuntiva, como un tejer sin proyecto en el que cada nuevo nudo es, en sí mismo, el darse de una opción, una apertura, divergente y diferente y la aparición de una posibilidad, de un camino, de un horizonte distinto.

El discurso disyuntivo es el proceder de los cuerpos intersticiales, es decir, de los cuerpos que se hacen entre dos instancias (dos cuerpos, dos lugares, dos condiciones), porque es un discurso que se abre paso diversificándose, desviándose y diseminándose más allá de sí, después, en su afuera. En este sentido, el prototipo del discurso disyuntivo es el texto: aquel tejido siempre truncado de proposiciones que encuentra su significación sólo en el contacto con otros textos, que se realiza saliendo de sí, ausentándose de sus propios principios y finalidades, que nunca es presencia ni está presente. El texto, a saber, un tejido sin unidad ni contención.

La lengua que es América, decíamos al inicio, es una “apropiación amante y desesperada” de ese discurso occidental que la descubre, y que se propone como su anterioridad y su alteridad. En tanto que apropiación amante esta lengua no llega nunca a convertirse en ese discurso que desplaza sino que, por el contrario, establece con él una suerte de relación que se instrumenta y se sostiene justamente en lo que entre ellos aparece como distinto y distante, en la distancia inevitable e indeleble –irreductible- que funciona para el deseo de contacto, que se conforma en el impulso de encuentro y reconocimiento reservándose siempre a la certeza de una apropiación imposible y, por ello, desesperada (sin esperas, sin posterioridad, concluida). La lengua que es América se arma, se dispone no como una sucesión continua, una estructura unitaria, sino más bien como un ejercicio de desunión, de fuga, como una significación discontinúa, a la vez, inaugural y funeraria.

Levinás nos lo cuenta, la posesión amorosa es justamente la afirmación sin temores del

otro, nuestro otro, en su condición de absolutamente distinto y separado, de resistencia. Una relación, por tanto, en el que el otro es un absoluto capaz de diluir la rigidez de los pensamientos y las expectativas capaz de entregarnos o enfrentarnos constantemente a todo lo que no podríamos imaginar o decir. Una relación, por tanto, abierta al silencio de lo que su condición equívoca, de su darse en los confines de nuestras reservas, de nuestras convicciones.

Así podemos entender la disyunción del discurso, a saber, como el recuento de un viaje, de un recorrido, que modifica continuamente su dirección, su sentido, a partir de dejar llevar por el encuentro, el tacto y el contacto, de ese otro, su otro anticipado y final, siempre firme en la distancia, pura alusión y reclamo. En este sentido, la ambigüedad le es propia, en la medida en que siempre concluye, llega, a un lugar distinto del pretendido, sin embargo, esa ambigüedad no es incertidumbre, es un modo particular de hacerse cargo del otro, de asumir la exterioridad, un modo que abandona la lógica de las causalidades y las necesidad para, establecido en una necesidad sin imagen –sin unidad preestablecida–, entender y atender al otro en su corporalidad brutal y desnuda, sin frontalidad, con rodeo y reserva.

Lo generado en las fronteras, el objeto liminar, es un aparecer sin apariencia determinada, un aparecer de su propia reserva, de su confusión. Volvamos a Levinás, a eso que el denomina lo femenino –la exterioridad por excelencia–, a la América que surge del nombre del navegante, como conclusión de su deambular. El enfrentamiento a lo femenino es, para él, la aparición de un sentimiento ineluctable pero siempre desconocido, dado por primera vez, el sentimiento que nos dice sin decirlo que hay algo más allá del dominio, una existencia que se da como secreto, en la que reposa lo que está más allá de la institución y la norma; es, en este sentido, la afirmación de ese límite sin dudas que es la piel, de lo que se oculta en la mirada, de la experiencia que no se puede transmitir ni compartir, en fin, es la certeza lúcida de que hay un modo y un lugar donde actuamos siempre porque no estamos ni entramos.

Para concluir, entonces, un fragmento, sólo un texto:

“el decir y no sólo lo dicho, es equivoco. Lo equivoco no juega entre dos significados del discurso, sino entre el habla y la renuncia al habla, entre la significatividad del lenguaje y la no-significatividad de la lujuria que el silencio disimula. La voluptuosidad profana, no ve. Una intencionalidad sin visión, el descubrimiento no llega a la luz: lo que descubre no se presenta como significación y no ilumina ningún horizonte (...)

El rostro del amado no expresa el secreto que el Eros profana; deja de expresar, o, si se prefiere, expresa sólo su negativa a expresar, este final del discurso y de la decadencia, esta abrupta interrupción del orden de las presencias (...)

La voluptuosidad es pura experiencia, una experiencia que no pasa a ningún concepto, que permanece una experiencia ciega. La profanación, la revelación de lo oculto como oculto, constituye el modelo del ser irreductible a la intencionalidad...”³